

# Teófilo Pérez Rey, *in memoriam*

Carlos Díaz

Miembro del Instituto E. Mounier

Un manotazo duro, un golpe helado, un hachazo invisible y homicida. El día 7 de junio de 1999 caía fulminado en su casa por el rayo de un infarto feroz nuestro gran amigo y miembro del Instituto Emmanuel Mounier, Teófilo Pérez Rey. Como nos decía Cayetano Hernández, otro militante histórico, los creyentes en Cristo somos lo suficientemente viejos para morir desde el día en que nacemos, pero lo suficientemente jóvenes para resucitar por la gracia desde el día en que morimos. Así que el día 7 de junio de 1999 comenzó a vivir eternamente Teófilo Pérez Rey, nacido y sepultado en Burgos, y renacido y resucitado en Madrid a los 76 años.

Decían los griegos que la muerte fulminante es una venganza de la Moira o un delicado premio de los dioses para sus elegidos. Decimos los cristianos que Él dispone siempre y en todo lugar de nuestra vida, la cual pende de su cariño: de él venimos, a él advenimos; gracias a ese cariño Teófilo fue antes que nada sacerdote (regalo sagrado), profeta (militante) y rey (de un reino que no es de este mundo aunque ya ha comenzado en este mundo), y fue todo esto por bautizado. Sin ninguna duda, los me-

jores momentos de su vida han sido vividos por Teófilo al calor y a la luz y bajo la alegría de su identidad de bautizado. A Sócrates sólo podemos imaginárnoslo como filósofo; a Teófilo, sólo como bautizado: el bautismo constituyó su intimidad, y la militancia la inevitable exteriorización de esa intimidad bautizada. Si, como humano, tuvo momentos de pecado y de fragilidad, ello fue sólo cuando ese bautismo quedó relegado, jamás olvidado, siempre indeleble.

En todo ser humano hay muchos cruces de caminos; en Teófilo, muchísimos y muy dinámicos. En el ámbito familiar, su mujer, Julita, hubo de soportar generosamente muchas ausencias, lo mismo que sus ocho hijos; frecuentes ausencias, desde luego, pues nadie tiene el don de la ubicuidad. Sin embargo fueron ausencias testimoniales para luchar presencialmente por tantos hijos e hijas que no conocieron paternidad ni maternidad espirituales; muchas ausencias, desde luego, pero muchísimas más presencias. Sólo a los más miopes les está vedado ver que un padre y un esposo entregado a los demás vuelve siempre a casa cargado de regalos intangibles y benéficos: jamás nadie podrá robar a los hijos del militante lo que

éste regaló a la entera humanidad. ¿Puede aspirarse como hijo a más alta paternidad, cuando el padre es fecundo en humanidad, sembrador de filiaciones en el espíritu, propiciador de bienestares ajenos, conciencia de familia universal? Ningún familiarista burgués podrá entender esto, para desgracia suya.

Como hombre privado, en Teófilo casi todos hemos percibido —los bautizados, como hermanos; los agnósticos como amigos— y percibimos y percibiremos un reflejo de la bondad del Dios al que amó, pues sabemos que Dios es bueno porque su bondad se nos hace presente en rostros como el de Teófilo. A riesgo de caer en la fácil hagiografía, tan común cuando alguien se va, en este caso nos parece inevitable y hasta decoroso recordar que nunca olvidaremos esa bondad suya; con ella, nos haremos más buenos también nosotros, y por este motivo te damos humildemente las gracias, Teófilo.

Como militante, Teófilo Pérez Rey fue un hombre de HOAC. Testigo primero, privilegiado y directo de aquella comunidad de creyentes obreros fundada por Guillermo Roviroso, tan cercana a la de los Hechos de los Apóstoles, será muy pronto presidente nacional de la misma y, junto con

don Tomás Malagón como consiliario, acuñará luego al lado de otros hombres y mujeres enamorados de la causa de Jesús el estilo primero de militancia social y evangélica hoacista. ¿Cómo describir el estilo testimonial de los primeros momentos hoacistas a quienes no lo han vivido? No siendo tarea fácil, por eso de lo que no se puede hablar sino superficialmente es mejor callar. A pesar de todo, si los movimientos sociales reservan alguna página para sus luchadores, no debería faltar una para Teófilo. Desde esta perspectiva, lo de menos es que alcanzara cargos como el de Jefe de Personal de todo el Insalud, o el de Director General en la Rioja, o el de Vicepresidente del Movimiento Mundial de Trabajadores Cristianos, y no pocos otros dentro y fuera de España; para nosotros al menos, eso es algo así como la calderilla de su vida, toda vez que sólo la partida de bautismo es título de gloria del creyente.

Desgraciadamente, cuando se es cristiano todas las posiciones políticas resultan bastante pobres en comparación con el Evangelio, pero más pobre aún sería el abstencionismo social. A Teófilo le iba el socialismo, y a pesar de que —según mi subjetiva opinión— puso desde el advenimiento de la democracia tal vez excesivo énfasis en determinado Partido, creo que eso era más bien polemológico y hacia el exterior en el último tramo de su vida, pues, como nos recordaba un amigo suyo, el día antes de morir manifestó en HOAC estas palabras:

nos dan libertad para que hagamos lo que queramos en los vagones, pero la locomotora la llevan ellos. Sí. Un hombre tan avezado al análisis social y político no podía dejar de darse cuenta de la triste oferta sociopolítica que supone la actual Europa del común Mercado Común y de la OTAN, pues si esto se parece en algo al Sermón del



Monte, venga Dios y lo vea. Pero, mientras estamos en este mundo, la Ciudad de Dios no es la ciudad de los hombres, y en esta última puso mucha pasión nuestro hermano Teófilo, a fin de reconducir la a aquélla.

Por eso quizá, porque él buscaba ante todo lo místico y no lo político, pero no sin lo político, su testimonio último nos resultaba tan testimonial y entrañable. Blancos sus cabellos, torpes sus piernas, nobilísima su romana y hermosa cabeza de patricio aquilino, ardiendo su corazón, continuaba partici-

pando con entusiasmo infantil en su viejo equipo de HOAC como un veterano más. Estampa verdaderamente emocionante era el verle ir y venir ya mayorcito cual humilde militante anónimo de base a buscar ilusionadamente lo que no muere, a defender lo eterno, a confesar firmemente su fe, a mantener alta la esperanza, y a procurar la caridad. Como las conoce un niño, fe, esperanza y caridad fueron al fin las tres virtudes teologales conocidas por Teófilo. De vuelta de todo, yendo a por todas al Todo, con la genuina ingenuidad de un niño con sabiduría de lo esencial.

Ha muerto sin ningún ruido en su vieja casa, en su viejo ascensor remozado, fiel a sus convicciones, sin que nadie supiera que allí abandonaba este mundo un hombre con un historial que constituiría un sueño para tantos otros que se aferran a toda costa a señas de identidad mundanas. A los pocos minutos de su muerte, un humilde franciscano de su parroquia de Cuatro Caminos se hacía presente: Dios, el que le puso nombre, fue también el primero que le recibió entero.

Si algo me gustaría hoy es dar las gracias. Dar las gracias a Dios porque nuestra vida se ha enriquecido por este don de Teófilo, y porque el Don no muere. Y darte las gracias, Teófilo, porque estás ahí. Si Él nos espera contigo, y ojalá que así sea, a Él le decimos ahora que tan silenciosa y clamorosamente te has ido estas palabras de García Nieto:

Que nos lleve del todo y de repente a ver si con la muerte lo entendemos.